

## XX

Hallándose mejorada, recibió Lucila las visitas de su hermano y de su padre, el cual reiteró su contento por el buen acomodo que tenía en la casa del jefe de los guindillas; pero no habló nada de Domiciana. Esta preferición de la protectora le pareció á Cigüela un delicado tributo de Ansuárez al dolor de su amada hija. Sin duda el *fiero castellano* comprendía ó sabía que las que fueron amigas hallábanse ya á un lado y otro de un espantoso abismo. No quería él meterse á medir la sombría cavidad, y callaba. Con interés real ó fingido escuchó después Lucila las descripciones que hizo su padre de los primores cuya limpieza le estaba encomendada, y tomando pie de esto se procuró personales informes del Sr. Chico: si en su casa tenía el mal genio que desplegaba en la persecución de gente mala; si recibía con buenas palabras ó con bufidos á las personas que iban á verle. Las opiniones de Ansuárez sobre estos particulares eran vagas. Desconocía completamente á su amo en las funciones policiacas. Sólo de pensar que ante él se veía como delincuente, como sospechoso, siquiera como testigo, le entraban temblores y se le descomponía todo el cuerpo. Terminó recomendando á su querida hija que no pensara en tal sujeto, *al cuento* de

averiguar por él cosas que valía más dejar en el estado que tenían, cuidándose menos de descubrirlas que de olvidarlas. Esto fué, en substancia, lo que el innato filósofo celtíbero dijo á su amada Lucila.

La Capitana Rosenda, que también á la guapa moza visitaba muy á menudo, no le habló nunca con tan filosófico tino como el viejo castellano. Divagaba locamente en su charlar, á las veces gracioso. Deportado Castillejo, se había ido á vivir con una tía suya, en la Cava de San Miguel, señora de circunstancias, que tenía dos loros, una cotorra y cuatro jilgueros... En la misma casa, piso principal bajando del cielo, vivía el desesperado cesante D. Mariano Centurión, cuya familia se comunicaba con la de la tía de Rosenda por ser ésta y la *Centuriona* del mismo pueblo. Los niños bajaban; la señora pajarrera subía, y D. Mariano, cuando no tenía con quién desfogar, le contaba sus desventuras á la Capitana. Por él supo que la cerera se empingorotaba cada día más. En coche salía por Madrid, y en coche llegaban *personajas* á platicar con ella. Vestía muy elegante, los morros le habían crecido, y con ellos y con su entrecejo, cuando iba por la calle, parecía decir: "quítense, quítense, que paso yo.," Rosenda la había visto salir una mañana de la Vicaría. Llevaba una falda con volantes, y tan ahuecada, que no cabía por la calle de la Pasa. Una manola que tuvo que meterse en un portal para darle paso, le dijo con desgarro insolente: "Madama, cuan-



do páran los faldones guárdenos usted la ería... Y otra vez: "Está tan echada á perder la cerera, que el mejor día la vemos de Ministra. ¿Pero no sabe usted lo que dicen? Pues que ha pedido á Roma dispensa de votos para casarse... Con influencias todo se consigue en la Curia Romana, y ella cuenta con el Embajador Castillo y Ayensa, con el Nuncio de acá, con las *Madres*, los *Padres* y el Rey Marido. Y se saldrá con la suya, que esta gente tiene la Santísima Trinidad en el bolsillo... ¿Qué... usted no lo cree?" Y el mismo día: "Si le dicen á usted, Lucila, que el desaparecerse Bartolomé es cosa de sus padres, y que éstos, por medio de la policía, le cogieron para llevarsele á Medellín y esconderle allá, no haga caso. El padre de Bartolomé, D. Manuel Gracián, no se ha movido de Medellín, y tiene á su hijo por cosa perdida. Lo sé por un sobrino de D. Manuel, tratante en ganado de cerda, con perdón. A Madrid llegó la semana pasada; le conocí cuando estuvimos de guarnición en Don Benito..." Y al día siguiente: "No esté usted tan alicaída, ni tome estas cosas con demasiada calentura... Ya parecerá el buen mozo cuando menos se piense. Calma, y ojo á la cerera, pues por los pasos de la gallina se ha de llegar á la nidada... Como ésta es luz del sol, el Capitán está en la misma situación que estaba: sólo que ahora el encierro es más riguroso, y no faltarán guardianes y centinelas..."

—Rosenda, por los clavos y las espinas de

Nuestro Señor Jesucristo —dijo Lucila ronca de ira,—no me diga usted eso; no me encienda la sangre más de lo que la tengo... Mire que del corazón á la cabeza me suben llamas, y que le pido á Dios que me mate de enfermedad, no de ira. Rosenda, lo que usted dice no tiene sentido..."

Esto dijo y esto pensaba, aunque en el caos de su mente y en el delirio á que la conducía la tremenda desgarradura de su corazón, pensaba también otras cosas, de peregrina originalidad, algunas muy semejantes á lo que había expresado la Capitana. Todo su afán era examinar una tras otra las probables versiones del suceso, y escoger la más lógica después de bien pasadas por el tamiz dialéctico. Dígase en mengua del entender suyo, que á veces designaba por más lógica la más absurda.

Y tres días después, volvía con nuevos datos la tremenda cronista: "¿No le dice á usted nada el que la cerera no parece por aquí, y cumple mandando al avefría de su hermano con un recado y unas pesetillas envueltas en un papel? ¡Tan amigas antes, y ahora no viene á verla! Es el miedo... es la conciencia. Tan valentona para todo, y ahora se asusta de un cordero... Pues conmigo no le valía el esconderse... Bendito sea Dios que soy de caballería, y si el que me la hace huye de mí, ya sé yo ir á buscarlo y ajustarle la cuenta. Mujeres como su amiga son poco para mí, y de esas necesito yo cuatro lo menos para enjuagarme la boca. No es



mal trote el que yo le daría por encima de todos sus huesos... Le quitaría yo todo el pelo artificial, y si las muelas son naturales, pronto tendría que llevarlas postizas... ¡Ay! me figuro al pobrecito Bartolomé en la esclavitud de esa tarasca... Ya estará el hombre asqueado de aquellos morros como los de una vaca, y hará cualquier brutalidad por libertarse... Cogidito le tiene, y bien sujeto, con la amenaza constante de la espada que llaman de *Demonocles*, que es la sentencia del Consejo de Guerra, colgada sobre su cabeza. Porque el indulto será con su cuenta y razón, y ella lo da ó lo quita según cumpla ó no cumpla el bendito Bartolo... Mucho se adelantaría si supiéramos dónde ha metido la gavilana el gallito que se llevó entre sus uñas puercas.

— Pronto lo sabré yo— dijo Lucila con el aplomo que le daban sus inquebrantables resoluciones.— Ya estoy buena; Dios me ha hecho la gran merced de dejarme con vida después de este horrible padecer... y con la vida me va dando salud y fuerza, señal de que no quiere que yo me deje pisotear... Estos días saldré á la calle, iré á buscar trabajo, pues de algún modo he de vivir...

— ¿Trabajo ha dicho, para una mujer pobre y sola? Diga que va en busca de miseria... ¡Afanos, vida de perros! ¿para qué? ¿para un mal comer y para que se rían de una? Siga usted el consejo de una desengañada, que ha visto lo que dan de sí trabajos y honradeces de poca lacha. Lo que tiene

usted que hacer es vestirse decentita y bien apañadita, y darse aire por ahí, para que su mérito sea como quien dice público. En los tiempos que corren no le aconsejaré que se vaya por los paseos y sitios mundanos, sino que frecuente dos ó tres iglesias y haga en ellas sus devociones, á la mira de los señores buenos, de asiento y juicio, que no por pertenecer á cofradías y ser buenos rezadores se olvidan del culto de Santa Debilidad... pues el hombre siempre es hombre, aunque peque de beato... Si no tiene usted ropa decente, más claro, si no quiere ponerse la que le dió la cerera, yo le facilitaré cuanto necesite, y aunque soy de más carnes y corpulencia, usted que es buena costurera arreglará mis vestidos á su talle... Aquí me tiene usted á mí, que escarmentada de andar con loquinarios, barricadistas y patrioterros, que cuando no están presos los andan buscando, me voy por las mañanas muy bien arregladita, como viuda consolable, á San Justo ó la Almudena, y por las tardes á las Cuarenta Horas de San Sebastián ó San Ginés, parroquias de feligresía muy buena, superior. De seguro que allí me ven y estiman caballeros viudos respetables, de cincuenta y pico, ó de los sesenta largos, que desean hablar con mujer ya sentada... No le digo á usted más... Piénselo, y escoja sus caminitos. Como la quiero á usted, por cincuenta coros de arcángeles le pido, amiga mía, que no se meta en trabajillos de aguja, quemándose las pestañas por dos rea-



les y medio al día, porque en ese trajín se morirá de hambre, y se perderá con un albañil ó un zapatero, que es la peor perdición que puede salirle.,

No expresó Lucila su conformidad con estas exhortaciones; pero tampoco las rechazó. Aceptado y agradecido el ofrecimiento de ropa, el mismo día le llevó la Capitana no pocas prendas, en cuyo arreglo se puso á trabajar para poder usarlas cuanto antes... Por fin se echó á la calle, y recorrió las que á su parecer frecuentaba Domiciana en su diario trotar de Palacio á la cerería ó al Convento. No la encontró nunca. Acechando en la calle de Toledo, vió que la exclaustada llegaba por la noche á su casa en coche de dos caballos. El mismo coche iba en su busca al siguiente día y á variadas horas... Divagando topó Lucila una tarde con Centurión, que puso en su conocimiento pormenores de indudable interés. La señora Sarmiento de Silva estuvo en efecto malísima; algunas noches Domiciana dormía en Palacio; y tanto se había remontado en su orgullo la misteriosa hija de D. Gabino, que era preciso echarle memoriales para poder hablar con ella dos palabras. Últimamente, apiadada ó aburrída, le había prometido colocarle en la Comisaría de Cruzada, ya que en Palacio no podía ser hasta mejor ocasión... Al despedirse del cesante, tomó Lucila el camino del Rastro, ávida de comprar algunas cosillas que le hacían mucha falta.

Una mañana fresca, luminosa y risueña, en que un sol artista iluminaba los alegres colorines de la calle de Toledo, y sobre la variedad infinita de gamas chillonas derramaba el oro y la plata, acechó Cigüela la cerería, desde la acera de enfrente, ocultándose entre la muchedumbre que sin cesar pasaba. Por una naranjera cuyo espionaje había comprado en días anteriores, supo que Domiciana estaba en casa. Llegó tempranito en carruaje de dos caballos. Sin duda pasó la última noche en la vela y guarda de Doña Victorina. Sabido esto, continuó la moza su vigilancia hasta que vió salir á D. Gabino y perderse calle arriba. Segura de que Ezequiel quedaba al cuidado de la tienda; contando con que Tomás estaría en el taller, entró decidida... "Dichosos los ojos—le dijo Ezequiel, encantado de verla.—Lucila, ¡qué soledad sin tí!," Fué la moza, en derechura, hacia la puerta que con la escalera comunicaba. El chico la contuvo expresando temor. "Aguarda. Ha dicho Domiciana que no suba nadie., Viéndole en actitud de interceptarle el paso, la mano puesta en la llave, Cigüela le desarmó con una frase cariñosa que al mismo recelo habría inspirado confianza. "Tontín, conmigo no va eso. Mi amiga es Domiciana, hoy como siempre. Vengo á pedirle un favor... ¿No sabes que estoy desamparada?," Vacilaba el mancebo. Para ganarle por entero, Lucila empleó una sonrisa páfida; le pasó la mano por la cara, diciendo estas palabras de pura miel: "Déjame, rico.,



Cedió *Zequiel*, y en aquel momento alguien que había entrado en la tienda daba golpes en el mostrador. "Vete á despachar, rico...—murmuró Lucila, y bonitamente quitó la llave, la puso por dentro, cerró con cuidado para no hacer ruido... Guardó la llave... con paso de gato se deslizó escalones arriba, diciendo: "No sale; no me ha sentido cerrar la puerta. Está dormida.."

## XXI

La cerera, que nunca se acostaba de día aunque hubiera hecho noche toledana, había se despojado de sus ropas mayores, quedándose en las menores, que reforzó con un *desabillé* holgadísimo en forma de brial, de lana azul guarnecido de seda negra. Quitado el corsé para que los pechos descansaran en libertad, estirándose á su gusto, y sustituyó el calzado duro por las blandas chinelas rojas, se acomodó en un sillón de su alcoba. Al poco rato, medio pensando en lo pasado, medio imaginando lo futuro, empezó á descabezar un sueñecillo... En él estaba cuando hirió sus oídos el ligero son rasgado de la cerradura de abajo... se estremeció; abrió los ojos, los volvió á entornar, diciéndose: "Es Ezequiel que cierra... Le mandé que cerrara.."

Al oído de la señora dormilada no llegó ruido de pisadas gatunas en la escalera y pasillo. Más que por efectos de sonido, por efec-

tos de luz se le sacudió aquel sopor. La menguada claridad solar, como de entresuelo, que alumbraba el gabinete, á la alcoba llegaba tan reducida, que si la interceptaba en la puerta un cuerpo de persona, era casi nula. La obscuridad que proyectó el bulto de Lucila fué para la cerera un brusco despertador que le dijo: "Despabilate, que hay muros por la costa.."

Dudó por un instante la exclaustrada si era realidad ó sueño lo que veía. Conoció á Cigüela, como á un espectro ya familiar; mas como era espectro nada le dijo; no hacía mas que mirarlo, aterrada, esperando que se desvaneciera... que al fin los espectros, después de asustar un poco, acaban por desvanecerse. "¿Duermes, Domiciana?—dijo Lucila avanzando, y la voz de la guapa moza sonó con tan extraña alteración de su timbre ordinario, que la cerera la desconoció. La voz de ésta sonaba también muy á hueco, al decir tras una breve pausa: "Lucila, ¿eres tú?"

—Yo soy. ¿Ya no me conoces?—murmuró Lucila con la misma voz de secreteo lúgubre. —¿Creías que me había muerto?..

Ya no hubo duda para Domiciana. Lo que veía no era espectro, sino persona. La realidad de ésta ponía en el duro caso de afrontar la situación para ver de sortearla. No había escape. Era Lucila, en su propio sér, y á juzgar por el tono y por la forma insidiosa de su entrada en la alcoba, seguramente venía de malas. Domiciana tuvo miedo... El miedo mismo le sugirió el empleo de frases



de concordia, fingiendo naturalidad: "Mujer, qué cara te vendes... Siéntate... Pensaba ir á verte... Yo muy ocupada, hija.

—Para que no te molestaras he venido yo —dijo aproximándose Lucila. —Necesitaba preguntarte una cosa... una cosa que se te ha olvidado decirme, ya supondrás... Acortemos conversación. Vengo á que me digas dónde está Tomín."

Había previsto Domiciana la tremenda reclamación de su amiga. Quiso hacer frente al conflicto por medio de fórmulas evasivas, de expresiones conciliadoras, de paliativos mezclados con promesas... El gran talento de la cerera se equivocó por aquella vez. "Ven aquí... hablaremos... ¡Pobrecilla...! Te contaré,—le dijo levantándose, en actitud de llevarla al gabinete. "No, de aquí no sales... aquí hablaremos todo lo que sea preciso,—contestó Lucila deteniéndola con mano vigorosa. En aquel momento, viendo más cerca el inmenso peligro, la cerera evocó su sangre fría para sortearlo, ya que no pudiese acometerlo de frente. "¿Por qué no hemos de salir á la sala? Allí estaremos mejor... Bueno, pues si quieres... aquí... Verás... Me alegro de que hayas venido, porque así..."

Lucila, mirándola frente á frente, y poniéndole la mano en el pecho, le soltó con voz iracunda toda la hiel de su alma: "Mala mujer, dime al momento dónde está Tomín... Quiero saberlo... Vengo á saberlo... No me voy sin saberlo... Y como te nie-

gues á decírmelo, Domiciana... te mato."

Creyó Domiciana que el *te mato* era un decir, pues arma no veía... "Mujer, no escandalices—le dijo.—No hay para qué tomar las cosas de esa manera. Yo te explicaré... Pero sosiégate... no escandalices."

Con sólo un ligero impulso de la mano que Lucila le había puesto en el pecho, Domiciana dió un paso atrás y cayó en el sillón. "Si no escandalizo... y aunque escandalizara, aunque tú chillaras, no te valdría. He cerrado con llave la puerta, y no vendrán á defenderte... Porque yo te mato, Domiciana; he venido á matarte... siempre y cuando no me contestes á lo que te pregunto: ¿Dónde está Tomín? Porque tu amiga, la que conociste cordera, es ahora leona. Días hace que toda la sangre se me ha subido á la cabeza... Yo era buena; tú me has hecho mala como los demonios... Al infierno voy; pero tú por delante..."

—¡Lucila, por Dios...!

—¡Traidora! Tú me has enseñado la maldad, y como traidora entro también en tu casa... Por mala que yo sea, no seré nunca tan mala como has sido tú conmigo, tú, que me has engañado con limosnas y con palabras de cariño para entontecerme y robarme lo que es mío... lo que nunca será tuyo... vieja ladrona..."

—¡Lucila, Lucila...!—exclamó la cerera cruzando las manos, abrumada.

—Me has robado lo que no podías tener más que por el ladroncio... porque soy jo-



ven, soy hermosa, y vale más un cabello mío que toda la fisonomía de tu rostro sin gracia, y más sal echo yo de una mirada que tú de todo tu cuerpo y persona de animal en celo... Monja salida, hembra sin corazón, boticaria, intriganta, encomiéndate á Dios, si no me contestas al instante.”

Diciendo esto, de entre los pliegues de un manto de talle que llevaba cruzado sobre el pecho, sacó un largo cuchillo de afilada y espantable punta. Vió Domiciana la hoja que brillaba como un rayo, vió la vigorosa mano que empuñaba el mango, y se tuvo por perdida. Encomendó á Dios su alma... Mas en aquel instante, el poderoso talento de la cerera y el grande esfuerzo de voluntad que hizo concurren á darle una fuerza resistente ante la agresiva fuerza de su rival, ciega, disparada, fácil de desarmar con una palabra y un gesto que la hirieran en lo vivo.

Con un inspirado grito en que puso toda su alma, detuvo Domiciana el impulso trágico, y fué así: “Lucila, amiga y hermana, no mates á una inocente. Cálmate, y sabrás... lo que quieres saber del hombre que te adora.” La vacilación de Lucila en el momento de oír esto, fué la primera ventaja de la cerera, débil ventaja, pero que habría de ser más considerable si aprovecharla sabía. Para ello necesitaba Domiciana condensar en un punto toda su voluntad, dirigiéndola con el soberano talento que le había dado Dios. Por lo que hasta aquí se conoce de la

vida de esta mujer singular, se habrá comprendido que eran extraordinarias su penetración y astucia. Poseía en alto grado el sentido de las circunstancias, el repentino idear y el rápido resolver ante un conflicto. Si estas cualidades bastaran para gobernar á los pueblos, habría sido Domiciana una gran mujer de Estado... Pues en aquel inminente peligro, la hoja desnuda en la mano de Cigüela, el alma de ésta embravecida, vió que entre la vida y la muerte había menos espacio que el grueso de un cabello, y menos tiempo que la duración de un relámpago. Relámpago fué este razonamiento: “Muerta soy si me achico... Sálveme mi entereza... Sálveme medio minuto de talento mío y de vacilación de ella.” Prosiguió en alta voz:

“Déjame que hable, y márame después si quieres. Yo no temo la muerte... Sé morir por la verdad... ¿Qué es eso de matar sin oír? Mis explicaciones han de ser largas.

—Pues abrévalas todo lo posible. ¿Dónde está Tomín?”

Repitió la pregunta con menos fiereza que la primera vez. Otra ventaja pequeñísima de la cerera; pero ventaja... Rápidamente la aprovechó, como perfecto estratégico. “¡Pobre Cigüela! veo que tu amor por Tomín no desmerece del que él te tiene á tí...” Lucila la miró perpleja sin mover la mano en que el arma tenía. Con genial inspiración, Domiciana hizo un quiebro repentino, caudillo que ordena un movimiento de



sorpresa. "Oye una cosa, y espérate un poquito, si de veras es tu intención matar á tu amiga, que tanto te ama: ¿Verdad que todo tu furor es porque han pasado muchos días sin que yo te viera, sin que yo te llamara...? Dímelo, confíesalo... ¿Verdad que es por esto?"

—Huías de mí porque yo era tu conciencia, porque me tenías miedo, porqué el mirarte había de ser para tí como si Dios te mirara, porque tienes el alma negra, y los malos como tú no quieren que les vean los buenos, los engañados, los burlados. Habla pronto, respóndeme á lo que te pregunto... Mira que estoy frenética, mira que no te dejo hasta que me digas lo que sabes, ó me entregues tu sangre, toda tu sangre.."

Desventaja de Domiciana, y no floja. Vió el punto culminante del peligro, la muerte, y acudió con un recurso heroico y de extrema agudeza. Necesitaba para emplearlo de un valor casi sobrehumano y de un fingimiento de serenidad que era el supremo histrionismo. Pero no había más remedio. Se trataba de no perecer. "Bestia —dijo abriendo los brazos y mostrando indefenso su pecho,—si quieres matarme, aquí estoy. Ni sé ni quiero defenderme... ¿Para qué sirve esta miserable vida humana? Para ver tanta infamia, tanta ingratitud... para que las personas que miramos como hermanas, quieran asesinarlos..."

—Hermana te fingiste, pero no lo eras,—dijo Cigüela con pérdida de energía.

—Y ahora resulta que soy mala—prosiguió Domiciana con avidez de aumentar la pulgada de terreno que la otra le diera.— ¡Mala yo, que á tí y á Gracián favorecí; mala yo, que á él le he salvado la vida, no tanto por él como por tí, sabiendo que te ama; mala yo, que no miro más que á conseguir que se case contigo...!,"

Excedióse un tanto en la maniobra lisonjera, y de este exceso tomó ventaja Lucila, que aunque muy crédula en situación normal, en aquélla tiraba instintivamente á la desconfianza. "Domiciana —dijo apretando el mango del cuchillo,— si crees que ahora jugarás también conmigo, te equivocas... No vengo por dedadas de miel, sino por verdades. Las verdades te las sacaré de la boca, ó te dejaré seca... Soy mala ya... y no perdono."

—Lucila —replicó la otra con rápido pensamiento,—¿cómo he de decirte verdades si no quieres oirme? Para decirte las verdades necesito hablar, referirte muchas cosas. Te juro por lo más sagrado que nunca dejé de quererte, ni de interesarme por tí... ¿No lo crees? Peor para tí y para tu alma. Yo tengo mi conciencia tranquila; no temo la muerte; pero por mucha que sea mi serenidad, ¿cómo quieres que hable y me explique, en cosas tan delicadas, viendo delante de mí un puñal, y oyendo decir *te mato, te mato*? Una cosa es no temer la muerte, y otra es el asco de ver una derramada su propia sangre, y la dentera que dan esos cuchillos, y el ver á



una persona tan querida poniéndose al nivel bajo de los matachines y rufianes, de la última gentuza del Avapiés... Mujer, si eres realmente mala, no lo parezcas mientras estás delante de mí.

—Si quieres que yo te crea, explícate pronto—dijo Lucila perdiendo á escape terreno.—Te da miedo el cuchillo. ¿Pues no me dijiste “mátame,,?”

—Sí: yo acepto la muerte... Pero mi resignación al martirio no me quita la repugnancia de verte como una *chulapona*, como una maja torera de las más indecentes....”

Comprendiendo con segura perspicacia el efecto que hacía, apretó de firme en esta forma: “No me espanta el odio, no temo el extravío ni la locura de un enemigo; rechazo, sí, las malas formas, la grosería, la chabacanería, la estupidez bajuna. No puedo acostumbrarme á verte á tí, tan linda, tan señorita de tu natural, convertida en gitana asquerosa, en charrana mondonguera, tan diferente á tí misma... No puedes hacerte cargo, hija mía, de lo ridícula que estás, y de lo repulsiva y fea...”

—No te cuides tanto de como estoy, y contéstame, Domiciana—dijo la guapa moza apoyando en la cama la mano en que tenía el cuchillo.— A mí no me importa estar fea ó bonita, pues sólo quiero ser justiciera.

—¡Justiciera, y empiezas por amenazar antes de oír!

—Amenazo; pero eso no quiere decir que no escuche. Si para explicarte con claridad

es estorbo el cuchillo, aquí lo dejo... ya ves...

—Está bien—dijo Domiciana, que sin mirar la mano, vió el arma muy distante de ésta.—¡Si para matarme tienes tiempo! Pero no lo harás, pobrecilla, porque con lo que voy á decirte, quedarás convencida y te avergonzarás de haberme ofendido bárbaramente.

—Domiciana—dijo Lucila sin darse cuenta del progresivo enfriamiento de su furor homicida,—loca entré en tu casa, y tú vas á volverme más loca de lo que vine... Dices bien: tengo tiempo de matarte. Como yo vea que me burlas, de mí no escapas. Te lo juro, por Dios te lo juro, que si hay justicia en el cielo también debe haberla en la tierra. Dejo el cuchillo y te escucho.

—No basta que lo dejes; es menester que arrojes lejos de tí lo que deshonra y mancha tu mano honrada,—dijo Domiciana cogiendo el arma con rápido movimiento, y arrojándola por detrás de la cama, próxima á la pared. Sólo de ésta la separaba el preciso espacio para que el cuchillo, lanzado con ojo certero, cayese al suelo en lugar donde Lucila no podía recobrarlo fácilmente, porque bajo el lecho hacían barricada infranqueable un cofre chato y dos cajas de ingredientes químicos.